

## ¿Por qué Bodhidharma llegó de occidente?

**Por Dr. Gabriel Jaraba**



El título de este artículo es un koan zen todavía en uso en la tradición Rinzai japonesa. Un koan es una pregunta que el maestro plantea al alumno y para la que no hay respuesta lógica o con sentido. Un koan que pueda responderse con palabras coherentes no es un koan sino un elemento más del pensamiento discursivo, y precisamente la tradición zen (chan en chino, dhyana en sánscrito) trata de llevar al buscador más allá de los conceptos para que experimente por sí mismo el ahora y aquí y las cosas como son, sin mediación alguna.

Para el discípulo del zen japonés, el hecho de hallar un sentido teleológico a la llegada del XXVIII patriarca del budismo desde la India

es de por sí un absurdo. Lo que importa es captar la talidad de las cosas, en un satori inmediato (satori: atisbo momentáneo de iluminación) o en la liberación total en vida. Pero para el practicante zen radical, el propio satori es un engaño, una reacción emocional previa a un verdadero atisbo de la realidad, que vela ésta con mayor eficacia engañosa que el concepto.

Bodhidharma (Da Mo o Pu Ti Da Mo en chino) representa la transmisión directa del budismo, al margen de los textos, sin palabras ni rituales. Esta captación de la enseñanza original del Tathagata procede de uno de sus discípulos directos, Kashyapa quien la



aprehendió al simplemente sonreír cuando el Despierto le ofreció una flor. No es una actitud simplista o una "sabiduría loca" como creyeron los "vagabundos del Dharma" de la generación beat norteamericana de los 50 (Jack Kerouak, Gary Snyder, Allen Ginsberg, Lawrence Ferlinghetti) ni una ruptura indiscriminada de toda norma. El chan es la vía abrupta a la iluminación al margen de la transmisión de linajes, textos, rituales y de otra disciplina que no sea la de

la aplicación incesante a la práctica.

Es reveladora de su esencia la actitud de "no se apega nada". Como refirió Huai Yang: *Si te ejercitas en la meditación sentada (zazen) te ejercitas para ser un Buda sentado. Si te ejercitas en zazen debes saber que el zen no consiste en estar sentado ni en estar de pie. Si te ejercitas para ser un Buda sentado debes saber que el Buda no es una forma fija. Como el Dharma carece de morada fija no es cuestión de elegir. Si te conviertes en un Buda sentado, precisamente matas a Buda. Si te adhieres a la posición de sentado no alcanzarás el principio del zen.*

La espontaneidad zen es fruto de la disciplina y no de la omisión. Y como el camino de la vida está empedrado de paradojas, todos los practicantes de zen que han sido y son practican persistentemente la meditación sentada, en un acto radical: el abandono del propio deseo de liberación, la asimilación de la iluminación a la práctica cotidiana, la actitud de sólo sentarse (shikantaza) sin ningún objeto ni la menor expectativa de ganancia o pérdida (mushotoku).

Cuando Bodhidharma llegó de occidente y pisó suelo chino llevaba consigo la semilla del Dharma para que renaciera plantada en una nueva tierra. Históricamente, el budismo se ha regenerado trasladándose y renaciendo con nuevos brotes, y para ello ha tenido que

mostrar esa forma característica de transmisión inmediata, no escritural, para que sea reconocida por los buscadores espirituales hartos de hipocresía y de cáscaras vacías que pretenden ser religiones.

En China, el sabor del Dharma se mezcló con el del taoísmo para dar origen al chan, y así la iconografía muestra a Da Mo atravesando un río sostenido por un leve junco: no se apega a nada, ni siquiera al vehículo que le lleva a la otra orilla. Da Mo, de trato directo y modales bruscos a ojos de los cortesanos, es adoptado por los ermitaños, los anacoretas y los marginados del poder religioso. Uno de ellos fue Hui Neng, que llegó a ser el sexto patriarca del chan en China cuando otrora fue un pobre fámulo que realizaba los trabajos más bajos en el monasterio de Tung Chan, y fue a partir de él que el Dharma alcanzó un gran desarrollo en China. El propio Bodhidharma topó con el poder establecido a su llegada a Cantón, cuando espetó al emperador que no había mérito alguno acumulado en la construcción de monasterios.

Dice el relato que Da Mo recaló en el monasterio de Shaolín, con el consiguiente contraste entre su trato directo, mirada llameante y envergadura corporal y la endeblez monjil de quienes creen que el cenobio es un refugio y no un desierto expuesto a la tempestad. Se le atribuye el origen, o por lo menos el desarrollo, de las artes marciales chinas, y ello suena más a reclamo de legitimidad de linaje que a hecho histórico. Pero el sentido de la historia es una extraña característica de la mentalidad occidental, semejante a otra idea peregrina nuestra que pretende que creer en una cosa impide creer en otra distinta. La historia dice querer explicar "cómo son" las cosas mientras que el mito, al narrar cómo deberían haber sido, alcanza rincones más profundos del alma humana: resulta así inagotable como fuente de la que brota sentido e inspiración. (Ciertamente lo que de inspirador tiene la revisión de la historia no reside en la certeza del trabajo historiográfico sino en la resonancia mítica que su relato ejerce).



Nada importa hoy, pues, si Da Mo estuvo en Shaolín, siquiera si era un miembro de la casta guerrera india (kshatriya) y por tanto conocedor de las técnicas del Natha o lucha marcial de aquella civilización (de la cual sobrevive como reminiscencia la gatka de los sijs, de entre las múltiples capas acumuladas de puritanismo brahmán entre las cuales se ha presentado la cultura india ante el mundo, no menos hipócrita que la cultura palaciega china o japonesa). Lo que importa es que su mirada ígnea sigue interpelando hoy a quien busca la liberación más allá del deseo de liberación mismo. Ahí sí que podemos encontrar el rastro del Da Mo guerrero, quien no enseñó las disciplinas psicofísicas que aprendió en su formación militar para que los monjes de Shaolín pudieran desenvolverse en el camino del Buda sentado sino para

ponerles frente a frente con la realidad que las religiones omiten en sus degeneraciones espiritualistas: la realidad corpórea del ser humano, la ineluctabilidad de la vida carnal en la existencia condicionada, la inexistencia de algo que pueda ser llamado espíritu o cuerpo y concebido separadamente uno de otro. Cuerpo y espíritu son haz y envés del ser, y este no se reduce a ellos ni es definido por uno, otro o entrambos.

Da Mo no fue un entrenador de artes marciales, ni un asceta que mortificase su cuerpo, ni un faquir psicofísico. Fue un fiel seguidor de la vía media, equidistante del eternalismo y el nihilismo, que encuentra en la realidad corporal humana una metáfora de su condición profunda en el ahora y aquí. Da Mo siguió a su modo los pasos de Buda, quien siempre se negó a hacer especulaciones metafísicas en un ambiente cultural hindú ahito

de bizantinismo. “Dejad de hacer el mal, comenzad a hacer el bien, vigilad vuestra mente; esa es la doctrina del Buda”, dijo el sabio de los Sakya. Da Mo afirmó la corporeidad de la existencia humana siglos antes de que el cristianismo negara la falacia maniquea que abominaba del cuerpo y la materialidad (para practicarla luego a lo largo de los siglos, del mismo modo que el comunismo chino fundado por Mao ha originado el mayor capitalismo de estado que hayan visto los tiempos). Siglos más tarde, Jesús de Nazaret ofreció a sus discípulos no una doctrina espiritual sino su propia carne y su propia sangre, y al resucitar en plena corporeidad (Tomás creyó cuando metió la mano en la herida de Su costado) trazó, como Bodhidharma, la frontera entre la religión verdadera y la falsa: cuando el ser humano niega la realidad imponente de su materialidad corporal, cuando se niega a abrazar la limitación finita y la potencialidad profunda de ésta, se siente autorizado para salvar a la humanidad encerrándola en Auschwitz, Birkenau, Mauthausen, Treblinka, Dachau. La corporeidad de los deportados de los campos nazis reducidos a esqueletos vivientes que impactó la mirada del mundo cuando las cámaras fotográficas revelaron el horror del proyecto científico de abolición de la civilización fue el gran homenaje que el alma imperecedera de la humanidad rindió al gran monje indio de mirada ardiente y pelo hirsuto. No se apega a nada y nada de lo que es humano le es ajeno: la voz de trueno de Bodhidharma nos llama a la compasión a que mueve nuestra corporeidad cada vez que nos disponemos a practicar qigong.



**Gabriel Jaraba**

[www.gabrieljaraba.com](http://www.gabrieljaraba.com)